

21 cms.
ANT-XIX-1278/20

CHISTE GRACIOSO Y DIVERTIDO

DE

EL GALLEGO PREÑADO

*Chiste muy divertido
para reirse un rato
después de haber comido.*

A orillas de Ponferrada
en un pueblo que no sé
cómo se llama, ni creo
que á nadie importa saber,
donde se crían los nabos
como maderos de á diez,
y coles de tal tamaño
que dán sombra á treinta y tres,
vivía Juan Falandeira
el pastor del tío Andrés.

Era un farruco fornido
que cargaba de una vez,
nacarga de patatas
con el borrico también.

Sus cejas eran carnosas
y su espalda una pared,
donde podía jugarse
á la pelota muy bien.

Su cabeza era tan grande
señores, como un bajel
y su pelo enmarañado
bosque parecía ser.

En fin, que era todo un bruto
si favor se le ha de hacer,
y además de bruto, tonto
como ustedes podrán ver,
por el chasco que le dieron
sus vecinos una vez.

que quisieron divertirse
y reirse mucho y bien.

Para alcanzar este objeto
undía de cierto mes,
cinco mozos de su pueblo
convidaron á comer
al pobre Juan Falandeira
que coma como cien.

Vió el cielo abierto, pensando
como se iba á poner
que para él la mejor gloria
era tragar y beber,
y mientras le fueran dando
á todo decía amén.

En un corralón sirvieron
la comida á aquellos seis,
y mientras los cinco amigos
aparentaban comer,
el borrico de Juanón
devoró en un santiamén...
casi nada... una bicoca...
ahora lo ván á ver.

Un barreño de patatas
sin sal, ajos, ni laurel,
un quintal de zanahorias,
otro de navos también;
seisfanegas de bellotas,
amargas como la hiel,
treinta kilos de judías.
(¡cuidadito con oler!)
de berzas, coles, lechugas,
acabadas de cojer,
veinticinco carretadas;
de habas otras dieciseis,
tres cahices de salvado
y aún se manducó después
un cuarteron de tocino
de los cerdos de Aviles,
dos onzas de longaniza
y un panecillo francés.

Y aún decía el muy borrico:
pues esto que ustedes ven
es para abrirme las ganas
que las perdí antes de ayer

Más no sé como sería
pero es lo cierto que fué
que se le hinchó la barriga
como si fuera un tonel
y fuertes retortijones
Juan empezó á padecer

«¡Ay, ó ventrel no me deixa
descansare: ¿que facer?
eu morro, eu nun puedo

cun eiste tormentu cruel
Y pedía á grandes voces
lo mataran de una vez
ó llamaran al abeitar
y lo examinaran bien.

Los demás desternillábanse
de risa, á más no poder
aquellos raros visajes
y contorsiones al ver;
pero uno de ellos, poniendo
una cara de pastel
por lo seria, y pretendiendo
muy caritativo ser
le buscó un veterinario
que habiádo estaba también
y solícito acudió
sin un momento perder
con el acial, los trabones
y chísmes de este jaéz

—Vamos á ver ¿que te pasa?
(le dijo con interés)
estate quieto Juanón
y no tires coces ¿eh?
que te pongo los trabones
si me dás mucho que hacer

Voy á ver que mal padeces
y pronto en dos por tres
ya veras como te curo
en menos que digo amén.

Le palpa, tienta, examina
vuelve á palpar otra vez
le dice saque la lengua
le toma el pulso con fé
y con seria parsimonia
desempeña su papel;
cuando el reconocimiento
acaba el hombre de hacer.
le dice con gravedad:

—¡Ay Juanón! ¿sabes que sé
tu padecimiento?
¿sabes lo que te ha de suceder?
Estúpido, mal nacido,
que te has dejado perder
y estás ya de nueve meses preñado.
¡Cómo ha de ser!
¡Paciencia! y á lo hecho pecho;
si estás deshonorado, es
necesario es que te aguantas
lo que te venga despues
que no en valde este mundo
se pierde la doncelléz.

Quedóse Juanón atónito
sin saber que responder

con los ojos muy abiertos
y cara de estupidez

Y el caso no es para menos
sabía el hombre muy bien
que se hallaba virgen aún
de varón y de mujer
y aunque no está muy seguro
de lo que la cosa es
porque no entiende una jota
del mundo duda al creer
que pueda estar de ese modo
sin haber tenido... pues...
lo que todo el mundo sabe
que es necesario tener.

Pero en fin, como el albeitar
es hombre de gran saber
porque lee de corrido
y sabe sumar muy bien,
y ha estado en Lugo y Orense...
¡vamos!... que diciéndolo él
será verdad lo que dice
no hay que dudarlo, no á fé.

Tal temblor le entra al pensarlo que el lo sabrá agradecer.

tal miedo llega á cojer
que llora con desconsuelo
rabia y no sabe que hacer.

Pero entonces el albeitar
y los otros á la vez
le consuelan y le dicen:
no tienes porqué temer
y le prometen que el parto
breve y fácil ha de ser,
sin tener muchos dolores
como suele suceder.

Asimismo le prometen
que nadie lo ha de saber,
que ellos son buenos amigos
y en secreto se ha de hacer.

Y ya con estas promesas
tranquilo el bruto montés,
les dice que cuanto quieran
está decidido á hacer:
rogándoles solamente
que le asistan muy bien,
cuiden á la criatura
que el lo sabrá agradecer.

SEGUNDA PARTE

A las afueras del pueblo
á un caseron aislado
llevan á Juan Falandeira
á salir de su cuidado
creyendo el imbécil cierto
su preñado imaginario.

Entre mantas lo conducen
perfectamente arropado
y suda la gota gorda
muy tranquilo y resignado
aunque las tripas le siguen
haciendo bastante daño.

Ya llegan y en un pajar
depositan al cuitado,
que dice: «queiro parire
un rapaz que sea macho.»

Mientras él grita y se queja
y otra vez se dá á los diablos
deseando por momentos
verse ya con un muchacho,
que cree que vá á parir
ya vestido y calzado.
con alforjas al hombro
llenas de tocino y navos

están los otros guasones
preparando un gran cacharro
con media arroba de aceite
para ayudarle al buen parto
á un lado se vé un embudo
de fenomenal tamaño
y al otro una lavativa
mayor que el eje de un carro

Esto supndrá el lector
á que objeto es destinado,
pero creo nada pierde
porque me siga escuchando.

Una vez que tienen todo
ya dispuesto y preparado
lo trasladan al pajar
y dicen: ¡valor muchacho!
que ya te llega el momento
de salir de tu cuidado;
«ya verás que muchachón
más rozagante y más guapo
vás á parir, con montera
con zamarra y con bombachos
y sobre todo Juanón
ya verás que perfumado;

pero tienes que estar quieto
y obedecer los mandatos
que sinó se perderá
y te irás al otro barrio.

Juan se pone en cuatro patas,
la cara de atras al alto
los pantalones caídos...
(ríete, lector, ¡que cuadro!)
y llena la lavativa
de aquel sustancioso caldo
le sueltan al parturiento
un tremendo cañonazo
que le hace ver las estrellas
pero se queda achantado.

Le dicen luego á Juanón
que se vuelva al otro lado
para darle por la boca
otra tacita de caldo,
y metiéndole el embudo
hasta el gaznate, ¡que chasco!
le hacen tragar á la fuerza
media arrobita de un trago.

Era de ver los visajes
y aquellos gestos tan raros
que hacía, más con paciencia
lo sufría resignado,
mientras los otros la risa
iban con pena aguantando.

Pero de pronto Juanón
en pie se pone asustado,
y dice: llegó la hora;
«ay amigos, que ya paro!»
y los otros que suponen
lo que va á ser aquel parto,
sácanle afuera en seguida,
diciéndole que en el campo
es más cómodo el parir
y lo sacan arrastrando;
y una vez puesto en su sitio
ellos se apartan á un lado
tapándose las narices
y corriendo á todo trapo,
para que no les cayera
sobre ellos aquel chubasco.

Cuatro días sin cesar
pariendo estuvo Juanazo,
y los campos parecían
como un río desbordado.

El infeliz se encontraba

de una colina en lo alto,
y á voces pedía auxilio
cuando había terminado,
pues de sustancia olorosa
se encontraba rodeado
cuatro leguas en contorno
sin que sea exagerado.

Acudieron en seguida
de los pueblos comarcanos,
hombres mil, que aun siendo rudos
de gustos no refinados,
de mil variadas esencias
tenían que ir preparados.

Al ver aquel infeliz
sobre un cerro colocado,
que pedía le librasen
de perecer ahogado,
se echaron á discurrir
sin hallar medio apropiado
hasta que al fin, el barquero
de un gran río cercano
propuso traer la barca
y atravesar aquel lago,
lo que pudieron lograr
aunque con mucho trabajo
sacando á Juan Falandeira
diez y seis hombres remando.

Como es natural, trataron
de aprovechar entre varios
aquella buena substancia
para estercolar los campos
y con carretas de bueyes
y volquetes y con carros,
cada uno para sus tierras
la fueron acarreando.

Mil cuatrocientas fanegas
de tierra estercolaron
y aquel año la cosecha
hubo de mejorar tanto,
que para un siglo lo menos
sus frutos almacenaron.

Este fué, lectores míos
el tan celebrado parto,
del pobre Juan Falandeira
bruto, tonto y mentecato;
y si alguno me dijese
que es un cuento exagerado,
que lo pregunte á mi amigo
huele y chupa que está blando.

